

Lo gris es hermoso

Una carta a Ira Katznelson¹

Adam Michnik

III

El comunismo era como un congelador. En su interior, un variado mundo de tensiones y valores, emociones y conflictos, quedaba cubierto por una espesa capa de hielo. El proceso de descongelación fue gradual; de manera que, al principio, vimos flores hermosas, pero después vino la putrefacción. Primero apareció la grandilocuencia de la pacífica caída del Muro de Berlín y de la Revolución de terciopelo checa. Más tarde, llegaron la ola de odio xenófobo que se adueñó de Alemania entre 1992 y 1993 y el desmembramiento de Checoslovaquia. Primero llegó el memorable «Otoño de las naciones» de 1989. La libertad regresó a Europa Central y ésta volvió a la historia. Lo hizo no sólo como mensajera de la libertad y la tolerancia, también del odio y de la intolerancia, de signo tanto étnico como religioso. Hubo conflictos que cobraron vida una vez más y que resultan difíciles de entender para quienes consideran que toda esa zona no era más que el bloque soviético; pero los habitantes de esas tierras los comprendieron perfectamente. Los entendían porque ese mundo compuesto de muchas naciones y culturas había experimentado la profunda ambigüedad que conlleva el derecho de los países a tener una existencia soberana: el derecho de una nación solía poner en peligro el de otra, y eso producía limpiezas étnicas. Grillparzer, un gran escritor austriaco del siglo XIX, ya advirtió, de forma profética, contra los peligros de una vía que lleva «desde el humanismo a la brutalidad, a través de la nacionalidad».

IV

Querida Ira,

Supongo que, para el público estadounidense, estas divagaciones sobre el pensamiento democrático en Europa Central deben resultar un tanto exóticas. Dicho pensamiento fue sometido a una doble prueba: la de la cautividad y la de la libertad. De ahí que, sin duda, ciertas afirmaciones parezcan confusas, mientras que otras se juzguen completamente banales. Sin embargo, creo que este pensamiento nació de una misma inspiración: un sueño apasionado sobre la libertad y el orden democrático.

¹ Ira Katznelson: *Liberalism's Crooked Circle. Letters to Adam Michnik*, Princeton University Press, Princeton, N. J., 1996.

Democracia no es exactamente lo mismo que libertad. La democracia es la libertad consagrada por el Estado de derecho. Por sí misma, la libertad, sin los límites impuestos por la ley y la tradición, es una vía hacia la anarquía y el caos, que se rige por el poder del más fuerte. Para mi generación, el camino hacia la libertad comenzó en 1968. En ese año fue cuando decenas de miles de estudiantes abarrotaron las calles para protestar contra el orden establecido mediante manifestaciones. ¿Había algún denominador común entre las revueltas estudiantiles de Berkeley, París y Berlín Occidental, y las de las calles de Varsovia y Praga? A primera vista, unos y otros parecían fenómenos completamente diferentes: los estudiantes de Berkeley y de París rechazaban el orden de la democracia burguesa; los de Praga y Varsovia luchaban por la libertad que garantizaba esa misma democracia. Además, a los de Berkeley y París les fascinaba el proyecto comunista y la retórica revolucionaria de Mao Tsé Tung, de la que ya habían tenido ración suficiente los universitarios de Varsovia y Praga.

No obstante, creo que también había ciertos hilos conductores comunes: el espíritu antiautoritario y la convicción de que «ser realista supone pedir lo imposible». Finalmente, había una necesidad de rebelarse, enraizada en la convicción de que «mientras el mundo sea como es, no merece la pena morir tranquilamente en la propia cama». Ese mundo que «es como es» ... significaba un mundo injusto.

Esta es la cuestión. En la raíz de la revuelta de 1968 se hallaba la necesidad de justicia: la necesidad de acceder a la libertad y al pan, a la verdad y al poder. Había algo maravillosamente estimulante en dicha revuelta, algo que no sólo transformó la conciencia colectiva de una generación. Pero también había algo alarmante: universidades víctimas del vandalismo, bibliotecas destruidas, lemas bárbaros que sustituían a la reflexión intelectual, y, finalmente, violencia, terrorismo y asesinatos por razones políticas. Todo eso pertenece también al legado de 1968.

En aquel momento nos definíamos como socialistas y personas de izquierda. ¿Por qué hoy en día esa fórmula suscita una protesta en mi interior? ¿Por qué no quiero dar mi apoyo a ninguna de las grandes ideologías? Creo que aquí es donde se originan muchas de las discusiones que mantengo con mis amigos estadounidenses. Sin embargo, es posible que a menudo esta discrepancia tenga más que ver con el lenguaje que con las ideas. Una vez le pregunté a Jürgen Habermas ¿qué nos queda de esa fe idealista en el socialismo orientado hacia la libertad que teníamos en los 60? Su respuesta fue: «la democracia radical». Como esta fórmula me resulta cercana, intentaré descifrarla a mi manera.

V

El sistema de democracia parlamentaria y economía de mercado ha tenido acérrimos enemigos desde sus comienzos. Démosles las denominaciones simbólicas de «conservadores» y «socialistas». Para los primeros, el orden democrático era la negación de la tradición: la derrota del espíritu cristiano a

manos de un nihilismo voraz; la victoria total del relativismo frente a un mundo de valores comprobados y absolutos. Para los segundos, los socialistas, era un sistema que generaba, enmascaraba y perpetuaba la desigualdad y la injusticia. El conservador veía en el hombre a un ser salvaje que no podía ser domesticado mediante apelaciones a la razón. Sólo unas instituciones fuertes podían lograr ese objetivo. Por su parte, el socialista creía que el hombre era un ser bueno, al que unas condiciones sociales inhumanas obligaban a comportarse como animales. Tanto el conservador como el socialista rechazaban un orden de libertad que se basaba en la libre concurrencia de las fuerzas políticas y económicas, en el dominio específico de la propiedad y el dinero.

El conservador sostenía que este orden libera una codicia animal en el hombre, mientras que el socialista tenía la opinión de que para tal orden se requiere, prácticamente, una agresividad propia de las bestias. Así es como se fundaron las dos grandes utopías: una retrospectiva y otra prospectiva; una utopía conservadora, basada en una armonía jerárquica, y una utopía socialista, cuya armonía era el igualitarismo. Se pueden debatir las relaciones de ambas utopías con los dos totalitarismos del siglo xx. Cabe preguntarse si el bolchevismo se aprovechó de la idea socialista o si ésta le proporcionó sus argumentos intelectuales y políticos. También podemos intentar analizar si el fascismo utilizó los razonamientos antiliberales de los conservadores y su sueño de retornar a un mundo de valores preindustriales, o si los conservadores vieron en el fascismo una forma de defenderse de la destrucción propiciada por la democracia liberal. Pero no hay duda de que existieron esa clase de conexiones, aunque se pueden encontrar conservadores en la oposición antifascista y socialistas entre los más persistentes adversarios del bolchevismo. La consumación de ambas utopías antiliberales se manifestó a través de sistemas totalitarios. Viví en uno de ellos durante cuarenta años, pero aprendí a desconfiar de los dos.

VI

¿Por qué nos rebelamos contra el comunismo? ¿Por qué preferimos convertirnos en una pequeña y reprimida minoría, en vez de unirnos a esa mayoría que vivía y se labraba una carrera en el mundo de la dictadura totalitaria?

Rechazamos el comunismo por muy diversas razones: era una mentira y nosotros buscábamos la verdad; significaba sumisión y nosotros deseábamos autenticidad; era esclavización, miedo y censura, y nosotros queríamos libertad; era un ataque constante a la tradición y a la identidad nacional que considerábamos nuestra; suponía la desigualdad social y la injusticia, y nosotros creíamos en la igualdad y la justicia; era una economía grotescamente ineficiente y nosotros buscábamos la racionalidad, la eficacia y la prosperidad; conllevaba la supresión de la religión y, para nosotros, la libertad de conciencia era un derecho humano fundamental.

En consecuencia, rechazamos el comunismo por razones igualmente estimables para un conservador, un socialista y un liberal. De este modo, surgió una peculiar coalición de ideas, que Leszek Kolakowski señaló en un artículo

bien conocido, titulado «Cómo ser un socialista conservador-liberal». No obstante, antes de venirse abajo, la coalición había marcado el debate público con un tono específico de absolutismo moral.

Ese absolutismo moral de la oposición anticomunista nos obligó a creer que el comunismo es algo intrínsecamente perverso, el imperio del mal, y que resistirse a esa doctrina y a sus partidarios es algo naturalmente bueno, noble y hermoso. La oposición democrática demonizó a los comunistas y se convirtió a sí misma en un ángel. Sé de lo que estoy escribiendo porque, hasta cierto punto, ese absolutismo moral fue también mi experiencia. No me arrepiento de ella, y tampoco pienso que tenga que avergonzarme. Hacer frente al mundo de la dictadura totalitaria suponía poner en peligro, o incluso sacrificar, no sólo la seguridad de uno mismo sino la de los propios amigos y familiares. Había que creer que «La vida humana es un juego serio», tal como escribió un historiador de la Iglesia en el período comunista. Cada día había que tomar una decisión que podía tener graves consecuencias. Esas decisiones no surgían de debates académicos, sino que eran hechos morales por los que frecuentemente se pagaba con la cárcel o con la ruina de una carrera. Entre los disidentes activos, esa situación creaba un clima favorable para arduas y exigentes valoraciones. Uno propugnaba valores humanistas, pero vivía según otros de carácter heroico, guiándose por el principio fundamental de lealtad a la propia identidad y a los amigos de la oposición democrática; lealtad a valores que eran traicionados y ridiculizados; lealtad a la nación, a la Iglesia y a la tradición. «El lado débil» —escribió Bogdan Cywinski— «siempre estaba sitiado». Los testigos más notables de la resistencia en esos años —Solzhenitsyn, Havel, Herbert— defendían valores absolutos. Herbert escribió: «no permitas que tu hermano el Desprecio te abandone para irse con los cobardes informadores y verdugos: ellos ganarán»²

Y al final fuimos nosotros los que ganamos. Pero, ¡ay de los absolutistas morales que salen victoriosos de las luchas políticas, aunque sólo sea por poco tiempo!

VII

El absolutismo moral concede una gran fuerza a los individuos y grupos que luchan contra la dictadura, pero debilita a quienes se mueven en un mundo en el que los procedimientos democráticos están levantándose entre los escombros de dictaduras totalitarias. Ahí ya no queda sitio ni para utopías que aspiran a un mundo justo, armonioso y perfecto, ni para absolutismos morales; unas y otros amenazan el orden democrático, porque éste es siempre imperfecto. Es el mundo de libertades (pecaminoso, corrupto y frágil) que llegó después de que se derrumbara el mundo del determinismo totalitario (por fortuna, también imperfecto).

² Zbigniew Herbert, «The Envoy of Mr. Cogito», en *Mr. Cogito*, The Ecco Press, N. J., 1993, p. 61. Traducido del polaco al inglés por John y Bogdana Carpenter.

Ese mundo no sólo forzó el fin de la coalición de ideas antitotalitarias, sino que también puso de manifiesto su naturaleza contradictoria. El igualitarismo se vio enfrentado a los principios del liberalismo económico; el conservadurismo cuestionó el espíritu de tolerancia liberal. Se plantearon dilemas que el socialista, el conservador y el liberal resolvían de formas diferentes. Señalemos algunos: la forma de abordar el pasado comunista; los rasgos del mercado; los principios fundamentales del Estado, o el lugar de la Iglesia y de los valores religiosos en la nueva realidad.

Para el socialista, lo esencial será dotar de rostro humano a una codiciosa economía de mercado, así como defender a los sectores más pobres de la población, el carácter laico del Estado y la tolerancia hacia personas de diferentes credos y nacionalidades.

El conservador retomaría la continuidad de los símbolos nacionales; lucharía por una reformulación cristiana de la constitución y de las instituciones; prevendría de los peligros del liberalismo y del relativismo, y exigiría mayor severidad con los integrantes del antiguo régimen.

El liberal dirá: primero la economía; es decir, el crecimiento económico, unas normas de mercado claras, un sistema fiscal estable, privatizaciones y una divisa convertible. Defenderá celosamente la idea de un Estado tolerante, en relación con la Iglesia, las minorías nacionales, los países vecinos y el pasado. El problema es que cada uno de esos tres actores formulará sus ideas en un contexto recién estrenado: el de una ideología nueva, populista y todavía sin nombre. Hay algo de fascismo en ella, y también de comunismo; un poco de igualitarismo, y algo de clericalismo. Todos esos lemas irán acompañados de una crítica radical de la ideología de la Ilustración y del lenguaje inflexible del absolutismo moral. Al mismo tiempo, aparecerá una cierta nostalgia que sorprenderá tanto al socialista, como al liberal y al conservador. Nostalgia de la seguridad de «los viejos tiempos comunistas», como cuando se decía, «el Estado hacía que pagaba a las personas y el pueblo hacía que trabajaba».

Para comprender los dilemas de las nuevas democracias poscomunistas hay que conocer este contexto. La cuestión de cómo abordar el pasado comunista ha dividido a los participantes en el debate entre portavoces de la justicia y defensores de la reconciliación. Los primeros exigían el castigo sistemático de los culpables. Los segundos proponían un proceso de reconciliación nacional invocando desafíos futuros. En ocasiones, ambas actitudes adoptaron formas grotescas: la primera llegó a exigir que se discriminara a los miembros del aparato comunista; la segunda se comportó como si hubiera olvidado la propia existencia de la dictadura pasada. La fórmula de la que yo era partidario —«Sí a la amnistía; no a la amnesia»— resultó ser demasiado difícil para los integrantes de la oposición democrática.

La polémica sobre los rasgos de la economía de mercado adoptó los tintes de un conflicto social en el que confluyeron los argumentos de socialistas y conservadores para criticar las políticas de transformación liberal. Situaciones como el desempleo, los contrastes sociales y la frustración de los trabajadores hicieron que aminorara el ritmo de las reformas. La polémica sobre el tipo de

Estado —si había de basarse en la nacionalidad o en la ciudadanía— se convirtió en algo fundamental, sobre todo en países plurinacionales que acababan de recuperar su independencia después de un largo período de sometimiento.

Los conservadores partidarios del principio de nacionalidad hacían hincapié en la necesidad de reconstruir el tejido étnico destruido durante los años de ataque oficial al nacionalismo; los partidarios del principio de ciudadanía defendían los preceptos fundamentales de la democracia frente a una invasión de patriotería intolerante. Para terminar, vamos con la Iglesia. Después de años de represión, ésta reafirmó su derecho a un espacio en el debate público. En aquellas comunidades donde la identidad nacional se ha visto frecuentemente acompañada de un componente religioso, parece existir una tendencia natural a dotar a los nuevos Estados de identidad religiosa. La Iglesia solicitó constituciones y códigos penales que estuvieran en consonancia con normas morales religiosas. El debate en torno a la despenalización del aborto constituyó un ejemplo clásico del argumento relativo a los fundamentos axiológicos del Estado. ¿Acaso el hecho de aceptar el aborto supone refrendar el asesinato de niños no nacidos? ¿La criminalización del aborto constituye un ataque al derecho fundamental de la mujer a decidir su propia maternidad? Cada uno de estos argumentos llevaba aparejadas tensiones emocionales extremas: se hacían apelaciones constantes a cuestiones morales y se utilizaba un lenguaje de propaganda bélica. Se estaban enfrentando dos sistemas de valores opuestos: el pragmático —con frecuencia saturado de corrupción y del cinismo de los miembros del antiguo régimen— y el patriotismo crónico del mundo de los valores conservadores, que en el pasado reciente se había resistido al comunismo. El antiguo heroísmo de ese universo que había soportado la represión mostró su otro rostro: el intolerante y fanático que ahora se oponía a ideas nuevas y modernizadoras. Este giro de los acontecimientos ha sido algo natural en el mundo de las democracias poscomunistas.

VIII

Ninguna de estas polémicas resulta fatal para la democracia, que, después de todo, se basa en un debate permanente. Sí sería fatal que los conflictos se intensificaran y que los bandos radicalizaran sus posturas hasta llegar a un punto en el que fueran incapaces de hacer concesiones. En ese momento sería fácil socavar los procedimientos del Estado democrático, porque los movimientos extremistas —al margen de que se cobijen bajo banderas negras o rojas— se sirven gustosamente de los procedimientos e instituciones de la democracia con el fin de destruirla. Entretanto, la democracia no es ni negra ni roja. Es gris, sólo se establece con dificultades, y cuando mejor se reconoce su calidad y su sabor es en el momento en que cede ante el avance de ideas radicales rojas o negras. La democracia no es infalible, porque en sus debates todos son iguales. Esto explica que sea susceptible de manipulación y que pueda verse impotente frente a la corrupción. También explica que, con frecuencia, elija la banalidad y no la excelencia, la astucia y no la nobleza, las promesas vacías y no la auténtica capacidad. La democracia se basa en una

continua articulación de intereses particulares, en una búsqueda diligente de acuerdos entre ellos, en un mercado de pasiones, emociones, odios y esperanzas; se basa en la eterna imperfección, en una mezcla de pecado, santidad y tejemanejes. Esta es la razón por la que a quienes buscan un Estado moral y una sociedad completamente justa no les guste la democracia. Sin embargo, éste es el único sistema que, al tener la capacidad de cuestionarse a sí mismo, también la tiene de corregir sus propios errores. Las dictaduras, rojas o negras, destruyen la capacidad creadora del ser humano, matan el gusto por la vida y, al final, la propia existencia. Sólo una democracia gris, con sus derechos humanos y las instituciones representantes de la sociedad civil, puede sustituir las armas por argumentos. El parlamentarismo se convirtió en una alternativa a las guerras civiles, a pesar de que un conservador discutiera con un liberal y con un socialdemócrata sobre si ese sistema procedía del sentido común o de la sabiduría que aporta la desgracia.

IX

El sujeto de la democracia es la persona, no las ideas. Y esta es la razón por la que, en el marco de las instituciones democráticas, los ciudadanos pueden encontrarse y colaborar, cualquiera que sea su credo, nacionalidad o ideología. Hoy en día, el liberalismo, el conservadurismo o el socialismo, es decir, las formulaciones ideológicas clásicas, no dominan el debate público sobre los impuestos, la reforma fiscal o los seguros. Sin embargo, en cada uno de esos debates se necesita la presencia de una atención socialista a los más pobres, una defensa conservadora de la tradición y una reflexión liberal sobre la eficiencia y el crecimiento. En la política democrática se necesitan todos esos valores. Son los que dan color y diversidad a nuestras vidas; son los que nos proporcionan la capacidad de elegir; gracias a sus mutuas contradicciones podemos permitirnos la incoherencia, la experimentación, y los cambios de opinión y de gobierno. Para oponerse al denominado «liberalismo democrático corrupto», el fanatismo de los inquisidores ideológicos ofrece una y otra vez nuevos proyectos de «tierra prometida». Fundamentalistas de variado pelaje condenan el relativismo moral de la democracia, como si el Estado tuviera que ser el guardián de la virtud moral. Sin embargo, los partidarios de la democracia gris no le concedemos ese derecho. Queremos que las virtudes humanas sean custodiadas por la conciencia humana. Por eso decimos que «lo gris es hermoso».

Fragmento del texto publicado originalmente
en la revista *Dissent*, Primavera 1997, vol. 44, N° 2 pp. 14-19

(Traducido por Jesús Cuéllar)